

UDALAITZ - GALLARGAIN

POR NESTOR DE GOICOECHEA

I.—ELORRIO

La del alba sería y no muy temprana, puesto que la estación invernal aún no había acabado, nos reuníamos en la deliciosa plaza de Elorrio, que en el extremo oriental del Señorío de Vizcaya asienta su caserío esta villa de la merindad de Durango; limita al Este con Elgueta y Mondragón (Guipúzcoa), al Sur con el valle de Aramayona (Alava), al Oeste con Apatamonasterio y al Norte con Berriz y Zaldúa, pertenecientes también a Vizcaya. Fundóla Don Tello, XX señor de Vizcaya, el año de 1350, constituyendo una cerca de altos muros con seis portales y dentro de su recinto casas armeras le servían de defensa.

Constituye su municipio, además de la villa de su nombre, los barrios de Aldape, Arabio, Berrio, Zenita, Gazeta, Iguria, Leiz, Lequerica, Mendiaca, Miota, Echevarría (San Agustín), con iglesia propia, Urquizaran y Galarza.

Dentro del casco de la villa se contemplan hoy día magníficas casas solares que revelan la antigua opulencia de sus moradores. Son las transformaciones verificadas en el transcurso del tiempo, de las célebres torres banderizas, castillos en que flotaban los pendones de los caudillos, cuyos emblemas han sido transportados a los escudos que ostentan las casas de su población.

Sobre la hermosura de la villa, descuella principalmente la soberbia iglesia, que en situación muy despejada, álzase sobre un pequeño recuesto: Bella de forma, de esbelta y original torre y de rica cantería se enseñoera sobre la plaza de la villa, enfrente del Ayuntamiento, clásico edificio de originales líneas vascas, en cuyo frontis se leen estos dos célebres dichos:

*De toda palabra ociosa
darás cuenta rigurosa.*

*En la casa del que jura
no faltará desventura.*

II.—LA ASCENSION AL MONTE.

Próximamente las ocho y media de la mañana serían, cuando emprendimos nuestra marcha hacia la esbelta peña que se eleva a 1.092 metros de altura, en el confín de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. En Iguria, junto a la casería de Artzubia, Sagasticia o Echezuri, abandonamos la carretera para internarnos en el monte. Iberluze es el último caserío que dejamos para meternos resueltamente en la mole calcárea.

En este vallecito de Iguria, en el año de 1487 se señalaban los montes de: Amezorbe, Eguiena, Anaogelorría, Muruetasolo, Lasiar, Arragoabaso, Idumbirisa, Oriuz, Undasorra, Cortabarri, Salarraga, Jaundiamendi, Dolara, Urquiaga, Doneauzabal y Garagoya. ¿Perdurarán actualmente estos nombres? Algún elorriano nos sacará de dudas.

PYRENAICA

Al comenzar la subida, se deja a mano izquierda una pequeña pirámide, cuya cúspide ocupa la ermita de Santa Lucía de Artadi. Ni que decir tiene que el toponímico (Artadi) señala perfectamente el nombre del árbol (arte=encina) que predomina en la geología del lugar. A sus pies, un antiguo plano inclinado nos facilita la ascensión, salvando a pecho su fuerte pendiente, a cuyo final otro plano, formando ángulo recto con el anterior, nos sirve para continuar la excursión hasta el lugar donde se contemplan restos de una antigua explotación minera.

Dirigiéndonos a la izquierda en nuestro itinerario, descendemos a la deliciosa pradera de Ongota, rodeada de riscos y donde un pequeño naya! le adorna, dentro del paisaje oscuro de pinos. Asomándonos a su borde meridional podemos contemplar el bello panorama de los valles de Leniz y Aramayona, destacándose en primer término el barrio de Guesalibar, con su manicomio de Santa Agueda, donde murió asesinado, como es bien sabido, Cánovas del Castillo.

Un senderito labrado en la dura peña, entre brezos y ramajes de bravía vegetación, nos eleva, unas veces en dura pendiente y otras suavemente, bordeando las laderas meridionales de esta airosa peña que orgullosamente perfila su escultural figura.

Cerca de su cumbre, por mera curiosidad, entramos en una cueva de unos 500 metros de larga, cuya soberbia boca conserva aún una blanca capa de nieve y cuyo piso nos delata su servicio como refugio de las blancas ovejas, que en la mayoría del año pacen tranquilamente en los ricos pastizales de esta montaña.

Por fin, haciendo muchas veces uso de nuestros brazos para salvar la peña, alcanzamos su cumbre de Gallargain a las once y cuarenta de la mañana, desde la cual, bañada por el tibio sol invernal, nos extasiamos contemplando las montañas y valles de nuestra tierra.

III.—EL DRAGON DEL MONTE

A vista de pájaro, cual si estuviéramos encima de ella, divisamos claramente la vieja Arrasate, cuyo nombre de Mondragón, curiosamente, la leyenda que dio origen al nombre de esta villa guipuzcoana, el cual debióse exclusivamente a Alfonso el Sabio, que a sus oídos de poeta galaico sonaba mejor, nos da a conocer la fantasía de la imposición de este nombre castellano.

Cuéntase, pues, que en los remotos tiempos de nuestra historia, descendía anualmente por las estribaciones del montecito Muru y colina de Mandoin, a realizar sus fechorías, cierto dragón descomunal cuyas huellas se descubren, aún hoy día, en el camino abierto de Mondragón a Ochandiano. Sin conocerse los motivos, hubo de capitular con los moradores del valle, contentándose con recibir por tributo un hermosa doncella, que puntualmente le presentaban en la cuesta de Inchaurreondo y que vorazmente engullía. Pero los mondragoneses idearon al fin la forma de engañarle: sustituyeron la muchacha de carne y hueso, por otra de cera y tan bien hecha que la aceptó el monstruo sin reparo alguno. Cuando sus fauces tenía obstruidas por el pegajoso artificio, salió un grupo de guerreros que le introdujeron en su boca un gran hierro ardiente que le abrasó.

Por este motivo se le dio al lugar el nombre de Monte del Dragón, Mont-dragón, Mondragón. Pero bien dice el refrán vasco con que suelen terminar sus narraciones folklóricas los aldeanos trovadores (bersolaris):

*Egija ba-da
sartu dagigun kalabazan.*

(Si es verdad, metámoslo en la calabaza.)

PYRENAICA

Media hora de estancia en su cumbre y descendemos por su lado Este, hasta tropezar con las ruinas de la ermita de la Ascensión, de la cual hablaremos a continuación. El camino tuerce a la izquierda, y por las laderas que descienden a Campanzar, entre peñas y aliagas, descendemos a la campita de Egomendí, por cuyo lugar bajamos a la carretera, en el límite de Guipúzcoa y Vizcaya, dando fin a la excursión montañera.

IV.—LA IGLESIA Y EL EREMITORIO DE LA ASCENSION

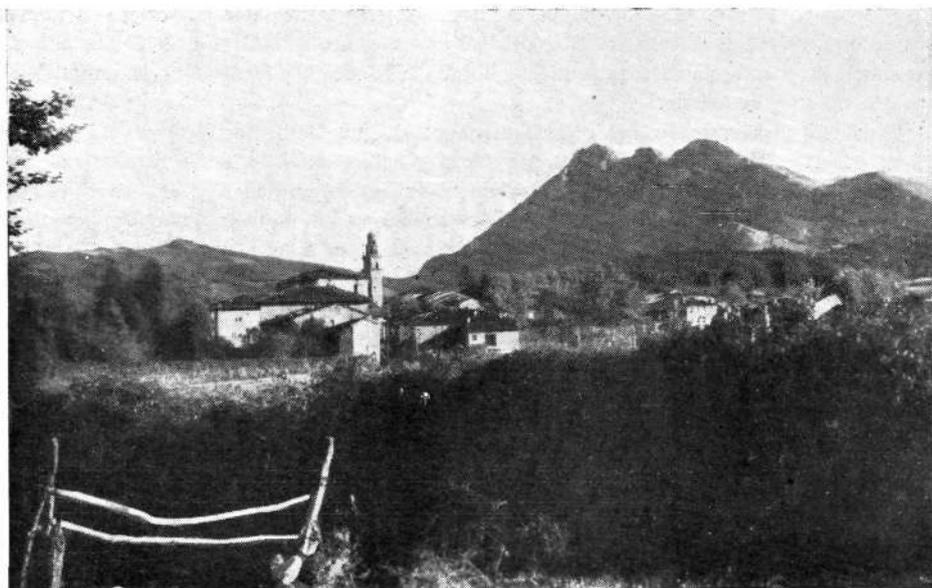
Es curioso conocer algo de la historia de esta ermita, que a juzgar por sus ruinas, tuvo antiguamente gran importancia.

Hállanse situadas a los 1.020 metros de elevación, solamente 72 metros más abajo del punto culminante de Gallagain, en un delicioso prado, resguardado de los vientos norteños, por una cornisa de grandes peñas. Es lugar carente de agua, por cuyo motivo creemos que su erección no tuvo más interés que la piedad religiosa de nuestros antepasados, elevando esta ermita, que se vería concurrida y celebrada el día de su fiesta, quizás por algún hecho histórico o legendario.

«La iglesia estaba —nos dice el arquitecto don Juan Carlos de Guerra— como todas las antiguas, ORIENTADA, es decir, con su mayor longitud en la dirección E.O.; la suponemos con el ábside al E. y las tres ventanitas de la Trinidad. Sabido es que la vieja liturgia disponía en este lugar y con este símbolo, la capilla de la Santísima Trinidad, lugar el primero que recibiera la luz del Oriente, luz única llegada por tres espacios diáfanos; el acceso por la fachada del mediodía, entre los robustos contrafueros, bien defendida.»

UDALAITZ DESDE ELORRIO.

(Foto Ojanguren)



PYRENAICA

El historiador guipuzcoano Garibay, escribía en 1570: «en la sumidad suya tiene una fuerte basílica de cantería, qual para semejante lugar conviene, que es del título y nombre de la Sancta Ascensión de Nuestro Señor a los Cielos; tomando esta admirable advocación por nombre, por la grande Ascensión y altura de la peña, donde ha habido hermitaños y personas de letras...»

Por lo que se desprende de la cita anterior, debió de tener mucha importancia esta basílica-ermita, puesto que no solamente se contentó con albergar «hermitaños», sino también «personas de letras».

Tenemos más noticias de ellas, debidas también a historiadores nuestros: «...a uno de junio de 1554 visitó solemnemente *la ermita y la iglesia de la Sancta Ascensión de Udalaitz*, el Muy Reverendo Señor Licenciado Orejón, Visitador General del Obispado de Calahorra y de la Calzada, subiendo a dicha peña personalmente y visitando los altares y retablos de ella y *la Casa y hedeficios de la dicha hermita que halló estar mal reparada, y el tejado para caer, por lo cual encomendó al Concejo e Ayuntamiento de la Villa de Mondragón, e las personas que tienen cargo y devoción a la dicha Iglesia y Hermita, la reparen. E mandó que ninguna persona sea osado a impedir tan sancta obra, so pena de excomunió. De la cual limosna y buena obra, Dios le dará el galardón. Firmando: El Licenciado Orejón. Por mandato del Señor Visitador: Francisco. Abad de Ochandiano, Notario. Concurrían al acto, Martín, Abad de Urrutia, Esteban, Abad de Barrutia y Domingo de Bengoa.*»

Parece que la reparación debió efectuarse concienzudamente, pues aparece en documentos oficiales, once años más tarde, de 1565 a 1568, habitando esta ermita el sacerdote don Julián de Aldaola, que en ausencias forzosas del cura de la barriada de Udala, suplía el servicio de su parroquia.

El año 1769, reunidas las Juntas Generales de Guipúzcoa, en Tolosa, decretaron el cierre de las ermitas innecesarias, y el alcalde de Mondragón, a cuya jurisdicción pertenecía y pertenece la ermita que ocupa nuestra atención, la cerró en 1771, al parecer por ser enemigo de ellas. Casi se puede asegurar que no se volvió a abrirla, motivando su ruina el abandono de que fue objeto.

Hasta 1713, cuando menos, duró la piadosa costumbre de hacer procesión el día tercero de la Pascua del Espíritu Santo, suprimiéndola, «por lo áspero del camino y por otros inconvenientes».

V.—SU LEYENDA

También Udalaitz, como casi todas las montañas del País Vasco, tiene su leyenda transmitida de generación en generación. Aunque es popularísima en los lugares donde asienta sus reales esta esbelta montaña, no es exclusiva de ella, sino que más o menos modificada, óyese también en diferentes regiones de nuestra tierra vasca, mereciendo especial mención la que refieren en el dilatado valle de Orozco.

Y, para coincidencia, quizás no tan rara como a primera vista nos parezca, también en diversas y remotas comarcas de Europa, principalmente en los países nórdicos, la leyenda del cazador empedernido y errante, parece que tiene su origen en la salvadora idea de que no todo acaba en esta vida. En Suecia, los espíritus de los antepasados, vestidos de verde, el clásico color de la esperanza, corren por sus grandes y hermosas selvas de pinos y abetos, seguidos de sus jaurías, durante la fiesta del solsticio de invierno.

Las estribaciones meridionales del majestuoso monte que eleva su esbelta figura en los límites de Guipúzcoa y Vizcaya, y no lejos de los de Alava, guarda en una depresión

de su terreno, la apartada y escondida anteiglesia de Udala, que tiene el privilegio de dar su nombre a esta abrupta y risueña mole calcárea.

Udala, pueblecito humilde y sencillo oculta su caserío, compuesto de media docena de casas, encima de la anteiglesia de Garagarza, lugar donde se yergue un hermosísimo encino, patriarca forestal de Guipúzcoa, al cual se le atribuye cuatro siglos de existencia. Hermosos pastizales completan su encanto, sin envidiar sus felices habitantes los goces de la ciudad. ¡Es tan hermoso vivir en la paz de la aldea!

Allá en las postrimerías del siglo XVII tenía, según parece, bajo su cuidado la iglesia de San Esteban de Udala un abad llamado Martín, al que dominaba tiránicamente la invencible pasión de la caza.

La caza. ¿Qué dulce encanto tiene, para hacerle abandonar al bueno de don Martín sus más sagrados deberes? La caza era su única preocupación, su pasión favorita; soñaba con la caza, despertábase pensando en cazar y el día transcurría proyectando excursiones cinegéticas, que poco a poco le iban absorbiendo completamente el seso con la manía irresistible del eterno cazador.

Frecuentemente, sin embargo, debió sentir la voz del deber, y haciéndose eco de su acusación, prometía vencer la pasión que le dominaba. Pero, vano empeño, inquieto y desasosegado por su ilusión, no veía en su calenturienta imaginación más que escenas de caza: por doquier se le aparecían corzos, liebres y jabalíes, y en sus atentos oídos no escuchaba más que ladridos impacientes de perros, aullidos de fieras y gritos de triunfos que señalaban la consumación de su ideal.

Cierta mañana, en que las peñas cercanas de su aldea cubríanse de espesa niebla, ocultando completamente la Peña de Udalaiz, oyó, mientras celebraba la misa, los furiosos ladridos de sus perros en la vecina selva. Conmovióse el abad al oírlos, sintiendo en su interior el goce de la caza; interrumpió la celebración del Santo Sacrificio y escuchó ansiosamente. No tardó en ver por la ventana de la iglesia a su jauría de perros, que habiendo levantado una gran liebre, la perseguían con ahinco.

Ver esto y retirarse don Martín a la sacristía, olvidando sus santos deberes, para quitarse sus vestiduras sacerdotales y empuñar su favorita escopeta, fue obra de un instante. Sin hacer caso a las observaciones de los escandalizados fieles que se hallaban en la iglesia, lanzóse en pos de sus lebreles, ocultándose pronto entre la niebla que coronaba la mole de Udalaiz. De vez en cuando se oían los lejanos ladridos de sus perros, cuyo eco resonaba lúgubramente en las peñas húmedas por el agua que destilaban las nubes cargadas de negros presagios.

Transcurrió el día sin aparecer el abad. Llegó la noche, antes que de costumbre porque se avecinaba tormenta, que resultó furiosa. Esperáronle temerosos e inquietos en la aldea, pero inútilmente, y al día siguiente los vecinos recorrieron todos los rincones de la montaña, indagando en Larrino, en Begoña, en Campanzar, y en todos los lugares que circundan a Udalaiz, sin tener noticias del incorregible cazador.

¿Qué le sucedió? Nadie lo supo, pero la leyenda, sabia como siempre, nos cuenta que los pastores de Udalaiz, cuando la Peña se cubre de niebla, oyen, durante el silencio sepulcral que reina en sus soledades, furiosos y lastimeros ladridos de perros, sintiéndolos pasar cercanos azuzados por las voces del abad, mientras el viento silba lúgubramente doblegando las ramas de robles y hayas... Es el espíritu de Martín Abade, condenado por Dios, en castigo de su culpa, a errar eternamente, con sus fantásticos perros, por las abruptas peñas de Udalaiz, cruzando sin descanso los extensos bosques que se extienden a sus pies.